



## **Política imperialista y política hegemónica durante la administración George W. Bush.**

El lugar de la construcción de los otros y de las identidades en la efectuación de la política exterior estadounidense hacia Medio Oriente\*

**Mariela Cuadro\*\***

“...pasar por los discursos para acceder al mundo, equivale, tal vez, a tomar una desviación, pero ésta también conduce a él (y, por lo demás, presenta otras ventajas) [...] los discursos son acontecimientos, motores de la historia, y no solamente sus representaciones. Al respecto, es preciso evitar la alternativa todo o nada. No son sólo las ideas las que hacen la historia; también actúan las fuerzas sociales y económicas; pero tampoco las ideas son un puro efecto pasivo. Para empezar, son ellas las que hacen posibles los actos; y luego, permiten que se los acepte: son, después de todo, actos decisivos.” (Tzvetan Todorov, *Nosotros y los otros*, pág. 15).

La presente tesis encuentra su motivación en un plano mayormente teórico que, no obstante ello, precisa sostenerse sobre lo empírico. La sobrevuela cierta necesidad de abrir el campo disciplinario de las relaciones internacionales a otros abordajes, a nuevas herramientas; justificado, esto último, por la necesidad de profundizar en la comprensión de un mundo en el que la potencia dominante se sostiene sobre un discurso liberal que evita el reconocimiento de lo político en su accionar. Tal como sostiene Louiza Odysseos (2007), la disciplina de las RRII (en la mayoría de los casos) se caracteriza por andar caminos diferentes a aquellos de la filosofía e incluso de las ciencias sociales (campo en el que se encuentra inscripta). Desde nuestro punto de vista, las RRII deberían salirse de sus armaduras, poder recorrer más libremente caminos ya trazados por otras disciplinas, encontrarse con éstas y, así, alimentarse.

---

\* El presente escrito es un resumen de la Tesis de Maestría en Relaciones Internacionales, defendida por la autora. Su versión completa se ofrece en el segmento digital de esta Revista, que se encuentra disponible en nuestra página [www.iri.edu.ar](http://www.iri.edu.ar)

\*\* Magister en Relaciones Internacionales (IRI - UNLP). Coordinadora del Departamento de Oriente Medio (IRI - UNLP). Becaria de Postgrado Tipo I del CONICET.

Desde un cierto punto de vista, nuestro análisis es histórico: después de todo, de lo que se trata en las páginas que siguen es de palabras ya pronunciadas, frases ya articuladas. Pero desde otro punto de vista, nuestro análisis es actual. No sólo porque los elementos que lo constituyen lo son, sino porque de lo que aquí se trata es de analizar discursos y de poner en evidencia cómo cierta configuración de éstos puede efectivizar determinadas relaciones de poder. Nuestra pregunta, entonces, se centra en ese ámbito del plano discursivo que busca conectar a éste con el poder: el campo de la construcción de las identidades y otredades. En efecto, junto con Schmitt, creemos que “[l]a distinción propiamente política es la distinción entre el *amigo* y el *enemigo*” (*El concepto de lo político*, pág. 31). Esto significa que la inclusión y la exclusión a través del establecimiento de identidades propias y ajenas (otredades), la cooperación y el conflicto, forman la malla de lo político.

El tratamiento de las identidades en las RRII, sin embargo, ha quedado en manos del constructivismo, que se ha encargado de hacer, de éstas, entidades fosilizadas y esencializadas que determinan los intereses nacionales perseguidos por los Estados. De esta manera, el constructivismo, habiéndose planteado la introducción de esta cuestión que, desde nuestro punto de vista y por las razones ya esbozadas, es nodal para la comprensión de la política internacional, se ha dedicado a pensar no tanto la construcción de las identidades (y de las otredades) sino aquella de los intereses nacionales, basándose en un fuerte subjetivismo en su polémica con el estructuralismo neorrealista. El resultado es, como dijimos, una ahistorización de las identidades en las RRII y, por tanto, una despolitización de las políticas de identidad en nuestra disciplina.

Frente a esto proponemos la inyección de historicidad y de relaciones de poder en el concepto de identidad y, su contracara, la otredad. A tal fin, nos hemos propuesto el análisis discursivo de la política exterior de Estados Unidos hacia Medio Oriente durante los dos períodos de la administración George W. Bush. Sosteniéndonos sobre observaciones empíricas, hemos definido dos tipos de acción de política exterior: una de corte hegemónico (para esto hemos elegido el caso de Egipto) y otra de corte imperialista (en este caso, nos concentraremos en la política estadounidense hacia Irak). Y es nuestra intención hacer un análisis de los modos en que fueron construidas, en uno y otro caso, la identidad de Estados Unidos y aquella de los gobiernos objetos de las políticas, con el objetivo de pensar cómo la construcción de identidades y otredades es instrumentalizada y flexibilizada de acuerdo a los intereses nacionales delineados y en juego.

En efecto, a partir de los atentados del 11 de septiembre de 2001, la región mayormente afectada por la política exterior de Estados Unidos fue Medio Oriente. Esta región apareció, de hecho, como el espacio geopolítico central de la política exterior de la administración Bush que fluctuó allí entre una política coercitiva y una de generación de consensos. La preocupación

por el carácter pendular de esta política viene a cuenta de amplias discusiones que se llevaron a cabo entre los intelectuales de las RRII acerca de la pertinencia o no de catalogar a Estados Unidos como un Imperio. Lo que buscamos plantear es que, desde nuestro punto de vista, existieron políticas tanto imperialistas como hegemónicas y de lo que se trata es de entender no tanto a qué se debió la preeminencia de una u otra, sino cómo fueron posibilitadas a través de lo discursivo.

En efecto, estas políticas se presentaron precedidas y acompañadas por distintos modos de construcción de otredades y de identidades que fluctuaron entre otredades asimilables e inasimilables y entre un modo de construcción de la identidad que reconocía su carácter particular y, por tanto, sus intereses nacionales en juego, y otro en que era invisibilizada, adoptando la forma de la universalidad.

Intentamos mostrar que identidades y otredades no son entidades una vez establecidas para siempre, a partir de cuyo análisis pudieran establecerse predicciones acerca de los intereses nacionales a ser delineados, sino que, por el contrario, son construcciones de carácter discursivo y, en este sentido, funcionan como significantes vacíos que son llenados de significado de acuerdo a los intereses en juego en cada ocasión. De este modo, afirmamos que a cada tipo de política aquí establecido correspondió un determinado modo de construcción de identidades y de otredades que funcionaron como condiciones de posibilidad de ellas. Así, sostenemos que la construcción de otredades inasimilables precedió y acompañó la instauración de acciones de política exterior imperialista; y que la construcción de otredades asimilables hizo lo propio con la implementación de políticas hegemónicas. Por otro lado, estas últimas estuvieron precedidas por el reconocimiento de la identidad particular propia y ajena y la formación, a partir de allí, de un *universal*, mientras que las primeras se sostuvieron fundamentalmente en la construcción de una identidad, no reconocida como tal, que se irguió como representante de una *universalidad*.

Con este fin, hemos recurrido a los discursos de la administración Bush publicados en la página web de la Casa Blanca ([www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov)), que incluyen discursos tanto del Presidente como de otros miembros de su gabinete. Asimismo, y con el fin de lograr su contextualización, hemos recurrido a fuentes secundarias tales como documentos confeccionados por la administración, periódicos, revistas especializadas y libros analíticos e históricos.

Hemos dividido la tesis en cinco capítulos y una conclusión.

Los dos primeros capítulos abordan las cuestiones teóricas. En el capítulo 1 buscamos elucidar las nociones de identidad y otredad y el lugar que éstas ocupan en la RRII. Esta primera aproximación tiene un triple objetivo. En primer lugar, destacar su carácter de constructos históricos y su relación con las prácticas discursivas; en segundo lugar, establecer la relación entre éstas, en tanto construcciones instrumentalizables, y el ejercicio

de la política exterior; y, finalmente, elucidar los modos de construcción de identidades y otredades que utilizamos a lo largo del trabajo y sus imbricadas relaciones. En el capítulo 2 abordamos las nociones de política exterior hegemónica y de política exterior imperialista. A tal fin, comenzamos abordando el debate que tomó fuerza durante los años de la administración Bush con respecto al carácter de Hegemón o de Imperio de la potencia norteamericana para corernos de dicha dicotomía y referirnos a dicha política exterior como una que fluctuó entre políticas de corte hegemónico y otras de corte imperialista. Un último apartado aborda la dimensión simbólica y establece lazos entre los modos de construcción de identidad y otredad establecidos en el capítulo 1 y los tipos de acciones políticas definidos en el capítulo 2.

El tercer capítulo es de carácter descriptivo y busca establecer ciertos hitos en la política de Estados Unidos en Medio Oriente para ubicar allí la política de la administración estudiada en dicha región. El capítulo presenta distintos enfoques del despliegue de esta última. Así, la aborda con anterioridad a los atentados del 11 de septiembre de 2001, en su relación con éstos y la Guerra Global contra el Terror (GGT) y en su política de democratización.

Los últimos dos capítulos están concentrados en el análisis. De esta manera, el capítulo 4 aborda el análisis discursivo de la política hegemónica de la administración hacia el Egipto de Hosni Mubarak y el capítulo 5 hace lo propio con la política imperialista de la administración hacia el Irak de Saddam Hussein. Ambos capítulos respetan una misma estructura: una primera introducción a la política estadounidense *vis-à-vis* esos países; un breve relato histórico de la administración Bush hacia cada uno de ellos que, al mismo tiempo, busca ubicarlos dentro de las categorías de política hegemónica e imperialista; para terminar en un análisis detallado de los modos discursivos de construcción de identidades y otredades en uno y otro caso.

Finalmente, presentamos una conclusión a modo de síntesis de los resultados obtenidos.

\*\*\*

Hemos recorrido un camino que partió de supuestos teóricos y se dirigió al campo empírico. En la base de nuestras reflexiones y aseveraciones hemos colocado a las relaciones de poder, entendidas éstas como un entramado de poder-saber. Hemos afirmado, de esta manera, que la pregunta que nos guiaba, aquélla que sobrevolaba nuestro escrito, era la pregunta acerca de cómo se ejerce el poder. Y hemos dado una respuesta: el poder se ejerce *también* a través del discurso.

En efecto, éste se nos presentó con dos aspectos, uno táctico y otro estratégico, y decidimos, entonces, centrarnos en el primero, haciendo foco, por

tanto, en su carácter instrumental, entendiendo que las prácticas discursivas no son meros “reflejos” de la realidad, sino que, por el contrario, participan en su construcción, pues al construir verdad, construyen realidad. Estipulamos, entonces, el lugar ocupado por el significante, el significado y el sujeto en esta práctica social y decidimos, por tanto, sacar del análisis que aquí hemos realizado al sujeto entendido como creador del discurso, y nos hemos quedado, por el contrario, con su lugar de portador de éste (de ahí la importancia de la posición institucional a nivel mundial de los sujetos de nuestras unidades de análisis). Las relaciones de poder se nos aparecieron al respecto como fundamentales a la hora de instaurar determinados significados para determinados significantes, partiendo del supuesto de que no existe entre ambos una relación necesaria. Afirmamos, así, que el poder se ejerce *también* a través del establecimiento de relaciones arbitrarias entre ambos elementos discursivos que son presentadas como necesarias. Nuestra intención, entonces, fue poner de relieve el carácter contingente de esa ligazón y realizar un análisis interpretativo de los discursos de la administración George W. Bush en lo tocante a Egipto e Irak, sostenidos sobre una lectura superficial de los mismos.

Luego ubicamos en este campo a las identidades y otredades, en tanto las postulamos como prácticas discursivas por excelencia. En este punto nos oponemos a la corriente constructivista en las RRII, pues las planteamos radicalmente como construcciones. Este carácter nos permitió suponer para ellas una naturaleza flexible y dinámica que nos habilitó para postular su aspecto instrumental. En efecto, sostuvimos que pueden adaptarse de acuerdo a los intereses más o menos coyunturales en juego. De aquí dedujimos que pueden ser utilizadas políticamente con el fin de efectivizarlos y, al mismo tiempo, encontramos aquí la posibilidad del establecimiento de alianzas políticas entre Estados con distintas historias culturales. Volviendo a la relación establecida entre significante y significado, entonces, finalmente afirmamos que las distintas identidades nominales pueden ser llenadas con distintos rasgos, lo que supuso la posibilidad de realizar una selección de éstos de acuerdo al tipo de política establecida. El poder jugó acá en el sentido de mayor capacidad para fijar determinados rasgos a determinadas identidades/otredades.

Señalamos entonces dos modos de construcción de identidades y dos modos de construcción de otredades. Con respecto a las primeras, uno de estos modos implicó el reconocimiento de la identidad en tanto particularidad, y el otro, por el contrario, supuso la invisibilización de ésta y su metamorfosis en universalidad, posibilitando la eticización de la política. Con respecto a las segundas, por su parte, uno de los modos de construcción de otredades delineados supuso la construcción de una otredad asimilable, es decir, incorporable a la totalidad delineada por el Yo y, el otro, la de una otredad inasimilable, sin lugar en la totalidad y, por tanto, exterminable. La primera supu-

so el reconocimiento de su carácter político, mientras que a la segunda este carácter le fue negado.

Por otra parte, haciéndonos eco de la discusión que atravesó a la disciplina de las RRII durante los años de la administración Bush acerca de si Estados Unidos continuaba siendo un hegemón o había pasado al campo de los imperios, postulamos como supuesto empírico la fluctuación de la política exterior de la administración entre dos extremos que establecimos y denominamos “acciones de política exterior hegemónicas” y “acciones de política exterior imperialistas”. Así, la hipótesis que nos guió sostenía que políticas hegemónicas e imperialistas estuvieron precedidas y fueron acompañadas por estos distintos modos de construcción de identidades y otredades. En efecto, sostuvimos que toda política está acompañada por una cierta descripción del otro y del sí mismo que la condicionan para que pueda ser efectivizada.

De esta manera, entendimos a las primeras como aquellas políticas que, dando prioridad a la lógica territorial y encaramadas sobre una relación de poder, postulan alianzas con los otros reconocidos como soberanos a través de la construcción de intereses comunes. Quien establece esta política tiene interés en la conservación del *status quo*. Si de lo que se trata en éstas es de la constitución de alianzas políticas, el reconocimiento de los intereses propios y ajenos resulta necesario. Es así que se nos presentaron precedidas y acompañadas por la construcción de una identidad particular y aquella de una otredad asimilable. En efecto, a partir de este doble reconocimiento podía constituirse una comunidad de intereses.

Definimos a las políticas imperialistas, por su parte, como movimientos originarios violentos destinados a la transformación de las relaciones de poder al interior de un territorio. En la base de éstas encontramos, así, relaciones de violencia que precisan para efectivizarse la construcción del otro de modo tal de que sea inasimilable. En efecto, el objetivo de estas políticas será la transformación violenta de estas otredades en otredades asimilables, integrables al sistema mundial configurado por el Yo. La GGT tomó aquí todo su protagonismo, pues supusimos que el ejercicio de tal violencia sólo era posible en tanto el poder soberano (en nuestro caso, Estados Unidos) postulaba la necesidad de implantar un estado de excepción a nivel mundial a través del cual suspendía la norma con el objetivo de reinstaurarla. Este estado de excepción, en efecto, es lo que posibilitó la violación de las soberanías territoriales por parte de la potencia norteamericana, a través de postular el ataque preventivo como una necesidad. En un mundo unipolar en el que la potencia se ha construido sobre un discurso liberal en el que hace política y acumula poder desde una retórica apolítica, los movimientos imperialistas deben sostenerse sobre una identidad que no aparece como tal sino que actúa en nombre de una universalidad contra un otro construido como inasimilable y cuya eliminación se hace necesaria para salvaguardarla (e incluso mejorarla).

Es así como llegamos a los casos analizados, definiendo, de acuerdo a los indicadores delineados para las políticas hegemónicas e imperialistas, a Egipto como un sujeto-objeto de las primeras y a Irak como un objeto de las segundas. Luego de la contextualización de la política de la administración estudiada en el marco de la historia de la política estadounidense hacia Medio Oriente y de un recorrido histórico específico por ambos, nos detuvimos en el análisis de la construcción de las identidades y otredades en cada caso a través de la lectura de los discursos de la administración George W. Bush.

El discurso a través del cual se construyeron las identidades propias y ajenas, en cada caso, no funcionó como mero reflejo de una “realidad”. Por el contrario, se efectuó una minuciosa selección de rasgos de unos y otros que marcharon en la dirección de construir identidades particulares, universalidades, otredades asimilables e inasimilables. De este modo, ciertas características se hicieron visibles, otras se invisibilizaron. En uno y otro caso, los modos de las construcciones, las cualidades que se seleccionaron para unos y otros, estuvieron dictados por los intereses en juego y, por tanto, por el tipo de política (imperialista, hegemónica) efectivizado en cada ocasión.

En efecto, para corroborar nuestra hipótesis elegimos dos gobiernos que podrían ser caracterizados de modo semejante: Hosni Mubarak gobernó Egipto desde 1981 hasta el año 2011, Saddam Hussein hizo lo propio en Irak desde 1979 hasta el año 2003. Ambos podrían ser calificados como gobiernos seculares, no electos por el pueblo, que practicaban la tortura de sus oponentes políticos y llevaban a cabo políticas represivas hacia la población opositora. Ninguno de los dos gobiernos podía ser caracterizado como respetuoso de los Derechos Humanos declarados en 1948. Sin embargo, ya que se trataba de una política de conservación de régimen en un caso y de una de cambio en el otro, uno fue caratulado como otredad asimilable y el otro como inasimilable, funcionando ambas caracterizaciones como condición de posibilidad y de acompañamiento para el establecimiento de una política hegemónica en el primer caso y de una imperialista en el segundo.

Asimismo, la identidad del Estado que llevó a cabo las políticas no apareció del mismo modo en ambas ocasiones. En el caso de Egipto, actuó en nombre de su identidad particular, reconociendo sus intereses nacionales y explicitándolos en todo momento. En el de Irak, en cambio, los intereses de la potencia norteamericana no aparecieron explicitados (salvo, como vimos, en contadas ocasiones en las que se hizo referencia a intereses vitales, de seguridad). En su lugar, la potencia se identificó, por una parte, con el mundo, actuando en nombre de los intereses de éste (es decir, no eran intereses nacionales, sino mundiales los que se cumplían a través de la política imperialista); por otra parte, con un valor ético que fue universalizado y colocado en la cima de la jerarquía de valores –la libertad–, al tiempo que era identificado con un modelo socio-político particular, la democracia.

Efectivamente, Mubarak y su gobierno fueron contruidos como “amigos” de Estados Unidos. Mubarak, en este sentido, fue descrito como un “líder comprometido, encantador y fuerte” (02/04/2001) con quien podían mantenerse “conversaciones sinceras”, con “una larga historia de promover la paz y la estabilidad en Medio Oriente”, “defensor de una sociedad más abierta”, “gran líder de Egipto” (05/03/2002), sólo por hacer un resumen de las caracterizaciones por las que atravesó. El hecho de que se lo haya construido como cabeza de una administración deseosa de democracia, pero preocupada por distintos movimientos (12/05/2008), ponía en evidencia que la falta de democracia –aquel gran significativo que se presentó con toda su fuerza en el discurso de la administración Bush sobre todo a partir del año 2005, pero que comenzó a emerger con anterioridad a la invasión a Irak del año 2003–, no era responsabilidad de este “gobierno legítimo” (10/10/2001) con el que –se sostenía– tenían “muy buenas relaciones” (19/08/2004). En efecto, si bien cayeron presiones sobre el gobierno egipcio, no dejaron de reconocérsele “progresos” en el sentido de “asegurar libertades fundamentales y construir una democracia multipartidaria” (21/06/2006). Nada se decía, nada se dijo, del rol jugado por este mismo gobierno para impedir y dificultar el ejercicio de esas libertades que se decía defender.

Por su parte, Estados Unidos se presentó en este caso como identidad particular, asumiendo la existencia de intereses particulares (nacionales) en su relación con el país árabe. En tanto condición de posibilidad del ejercicio de políticas hegemónicas, en los discursos que abarcaban a Egipto como objeto o como sujeto, la identidad estadounidense se construyó de forma tal de poder establecer una comunidad de intereses entre ambos países. De esta manera, Estados Unidos se presentó como víctima del terrorismo, como “amante de la paz” (en el contexto de hacer referencia al conflicto palestino-israelí, 05/03/2002), como parte del “mundo civilizado” y de la “comunidad internacional” (todas estas identidades fueron compartidas con Egipto). Estas dos últimas caracterizaciones las hizo en todos los casos como si existiera cierta objetividad al declarar los miembros de estos colectivos y como si éstos constituyeran totalidades no jerárquicas, al tiempo que Egipto era incluido en ellos.

Con respecto a los intereses, Estados Unidos reconoció en varias oportunidades sus intereses particulares en mantener una buena relación con Egipto, postulando la existencia de intereses comunes entre ambos países. Estos intereses se presentaron en el marco de una relación que fue descrita en dos oportunidades como “una piedra angular para nuestra política en Medio Oriente” (05/03/2002 y 16/01/2008). A modo de ejemplo podemos citar la explicitación del carácter interesado de la asistencia a Egipto (“la asistencia bilateral a Egipto apunta a fortalecer los esfuerzos egipcios en la reforma política y económica” -30/04/2007-). En este caso, los intereses fueron privilegiados por sobre los valores. Esto es importante, pues los intere-

ses, frente a los valores, denotan cierto carácter de particularidad ya que no pueden ser escindidos de una cierta coyuntura histórica. Los valores, por su parte, y sosteniéndonos sobre su lectura kantiana, son universales, ahistóricos, necesarios.

Este no fue el caso de la política de la administración Bush hacia Irak, donde la universalidad democrática ocupó el centro de la escena y, de este modo, los intereses particulares de Estados Unidos allí quedaron invisibilizados. Fue esto último, junto a la construcción del gobierno de Saddam Hussein y, más tarde, aquélla de la resistencia, como otredades inasimilables, lo que posibilitó la realización de una política imperialista en el país mesopotámico.

A diferencia del discurso referente al gobierno de Mubarak, aquél de Saddam Hussein no fue considerado como tal. En las innumerables referencias al Presidente iraquí, sólo en contadas ocasiones se habló de su gobierno en dichos términos; por el contrario, en general se utilizó el significante “régimen”. Esta diferencia entre gobiernos que compartían su carácter no democrático y violatorio de los derechos humanos (por otra parte, también Estados Unidos compartió este último carácter: los casos de Guantánamo, Abu Ghraib, Baghram y las llamadas “entregas” están allí para atestiguarlo), no puede ser, por tanto, más que una diferencia valorativa, es decir, no descriptiva. En otras palabras, la utilización de uno u otro significante para referirse a estos gobiernos buscaba transformar el significado que se le daba a los mismos. De esta manera, la referencia al gobierno de Mubarak como tal redundaba en la legitimación de éste, mientras que el mero hecho de nombrarlo a través del significante “régimen” al gobierno de Saddam Hussein, de por sí le quitaba legitimidad. Por otra parte, en tanto el gobierno de Mubarak fue calificado como un “gobierno legítimo”, se hizo referencia al de Saddam Hussein como un “régimen bárbaro” (22/03/2002), un “régimen fuera de la ley” (12/09/2002). Ambas caracterizaciones funcionaron claramente como construcciones discursivas valorativas en las cuales aquél que dominaba sobre la palabra era el mismo que distribuía los significados. La misma comparación puede establecerse entre las referencias a la persona de Saddam Hussein y a la de Mubarak: mientras el primero era referenciado como “dictador iraquí”, el segundo era beneficiado con el nombre de “Presidente egipcio”.

Los años de Reagan, interesados en parapetarse tras Saddam Hussein con el fin de hacerle frente al Irán revolucionario, habían hecho del gobierno de éste un “gobierno legítimo”. En cambio, la administración Bush, interesada en la transformación de las relaciones de poder en la región de Medio Oriente de modo tal de instaurar un nuevo equilibrio de poder que le otorgara aún más poder sobre la región, optó por el cambio de régimen a través del uso de la fuerza. De esta manera, Saddam Hussein fue construido como una amenaza para “el mundo”, “un hombre malo” que “gaseó a su propio pueblo”

(11/10/2001), un ser irracional, lisa y llanamente, un “loco” (03/11/2002 09/10/2003) que “no acepta ninguna ley de moralidad” (12/09/2002). Así, fue deshumanizado, pues las “atrocidades” del Presidente iraquí se encontraban “más allá de la comprensión de cualquiera con una onza de humanidad en su alma” (27/03/2003). El conflicto con él y la necesidad de su desaparición con el fin de guiar “al mundo a un día mejor” (07/10/2002) se hicieron, entonces, “inevitables” (12/09/2002). Por otra parte, algo similar fue planteado con respecto a los grupos resistentes que emergieron como consecuencia de la invasión: éstos fueron despolitizados y expulsados de la humanidad.

En efecto, una de las funciones de la otredad inasimilable es cerrar la totalidad constituida por el Yo y evitar la crítica de sí mismo. De esta manera, los otros inasimilables son contruidos de forma tal que se encuentren en las antípodas del modo de caracterización del Yo. Así, los “enemigos de la humanidad” se enfrentaron a un Estados Unidos que se igualaba con la libertad (“la palabra ‘libertad’ y ‘América’ son sinónimos” -03/07/2003-). La política imperialista hacia Irak se llevó a cabo con el argumento de que la guerra se constituía como una causa justa en tanto el objetivo era la distribución de la libertad: “el regalo de Dios a cada individuo en la faz de la Tierra” (24/04/2003), un bien que habitaba en cada “corazón humano” (26/02/2003), remarcando el carácter natural que a ésta (homologada con la democracia y con Estados Unidos) se le daba. De esta manera, los intereses particulares de la potencia no entraron en escena; ésta actuó, en cambio, en nombre de universalidades, por el bien de la Humanidad (habiendo definido de antemano, como vimos, quiénes podían ser catalogados con dicho nombre).

Por último, el gobierno resultante de este proceso, dando cuenta del carácter de movimiento originario de las políticas imperialistas, fue incorporado a la totalidad delineada por el portador del discurso, movimiento posible pues fue construido como “aliado” y “amigo”, formado por “valientes líderes electos y reformistas resueltos” (09/09/2008).

Las identidades propias y ajenas no se nos presentan, así, como entidades fijas, esenciales, sino que, en un determinado nivel –el nivel táctico-instrumental– pueden ser utilizadas como condiciones de posibilidad para la efectuación de determinados intereses nacionales. Así, concluimos que las prácticas discursivas de construcción de identidades tienen un rol central en la actualización de relaciones de poder y en el de los intereses nacionales: a través de ellas se posibilita la efectuación de las distintas políticas también en el plano internacional.

